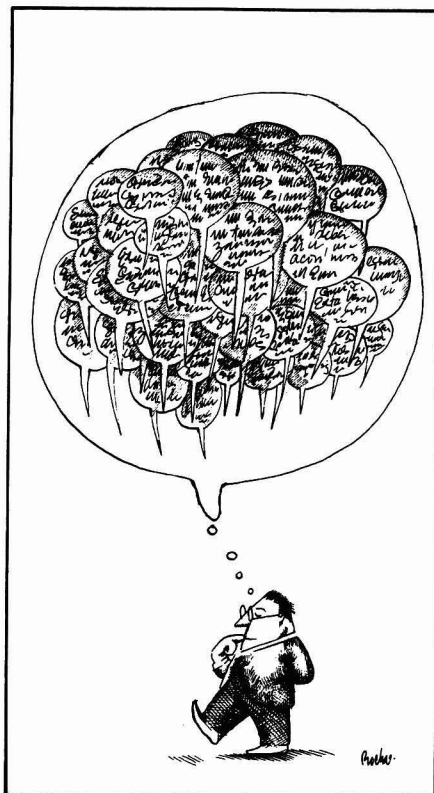


LA UNIVERSIDAD DEL MAÑANA

Por Arturo Azuela

Las aspiraciones universitarias deben ubicarse en la esencia de la autonomía que, como ya lo señalaba Ezequiel A. Chávez "...resulta impuesta por la naturaleza misma de la Universidad, por el fin que a esa institución corresponde en la sociedad, por el carácter de su trabajo, ... [la cual] es un fruto ... de fuerzas históricas que no pueden ser desdeñadas, ... [pero que] ... no significa ni puede significar un absurdo desgarramiento entre la Universidad y la sociedad de que forma parte, una pretensión ridícula de soberanía, un alejamiento monstruoso de la sociedad en la que encuentra su propio bien."¹

La problemática que funge como guía del debate sobre la educación superior establece también las limitantes de los análisis sobre la misma. En un primer término, la planificación de la educación superior no puede dejar de considerar las condiciones concretas que caracterizan a la Universidad, ya que despojar a cada uno de los problemas que hoy confronta de sus orígenes históricos y aun políticos, trae consigo un grave riesgo ya previsto en la experiencia de la Universidad la cual ha mostrado, a lo largo de su existencia contemporánea, que no puede dejar de lado la búsqueda de la excelencia académica y su compromiso social. Ninguno de estos dos elementos son, por más contradictorios que pudieran verse, excluyentes. Por el contrario, la fuerte raigambre democrática de la historia nacional debe estar siempre presente en las aulas universita-



rias, como también la traducción de ésta en el ejercicio serio y riguroso de la docencia y la investigación. Sin esta última consideración la transformación de la educación superior no podrá trascender el interminable monólogo de ideologías enclaustradas.

Así, si lo anterior adquiere perfiles muy definidos en la formación de profesionales, en el caso de la investigación las consideraciones anteriores son de suma importancia, ya que no sólo se hace necesario que la investigación científico-tecnológica se oriente hacia una práctica social definida y se adecue a los problemas del país. Es necesario crear una conciencia nacional sobre el hecho de que la práctica

científica genera nuevas alternativas, cuya aplicación implica la transformación de prácticas productivas y sociales de un país, a la par de reconocer que el papel instrumental de la ciencia y la tecnología no puede suplantarse el proceso de transformación histórica de la sociedad en su conjunto.² Pensar entonces que con la preponderación de medidas técnicas o administrativas sobre condiciones políticas y proyectos académicos se logrará la óptima transformación de la educación superior o, que con el desprecio de estas medidas y bajo la exigencia de una educación superior democrática y popular, carente de propuestas académicas de fondo, se lograrán los cambios que garanticen un compromiso con los desposeídos, parece igualmente equivocado.

He aquí un gran desafío: encontrar las vías para, a partir del reconocimiento de la historia, *forjar una idea de la Universidad necesaria para el mañana*. En este proceso, el reconocimiento de que la búsqueda de la verdad, del conocimiento sin coacción debe conjugar la necesidad de una crítica de los prejuicios, de las ilusiones, de las ideologías. Esta función crítica que ha sido ejercida siempre por individuos y grupos, debe ser esencia inobjetable del quehacer universitario, el cual deberá trascender sus propios condicionamientos para con ello garantizar una conducta responsable respecto de la propia con-

2. Enrique Leff. "Dependencia científico-tecnológica y desarrollo económico". En González Casanova, P., y Florescano, E. *México hoy*. México, Siglo XXI, 1979, p. 276.

1. Ezequiel A. Chávez, *Obras IV*, UNAM, pág. 8.

ciencia, con el compromiso social que le es inherente a la Universidad mexicana.³

La renovación reformadora de la educación superior es hoy más necesaria que nunca y ésta debe responder a la compleja condición actual como el futuro que nos aguarda. Esta transformación paulatina y difícil, no puede ser concebida desde una mera tesis que prepondere la formación profesional como la función sustantiva esencial de la Universidad, limitando con ello la investigación y generación de conocimientos y cultura, así como su extensión en beneficio de la población. Hacerlo así, sin asumir que para ello es necesario que los cambios involucren la responsabilidad y el trabajo de los universitarios, es incurrir en el error ya anticipado para la universidad latinoamericana que a la postre sólo la degradaría aún más.

El desafío es alcanzar, efectivamente, una Universidad donde democra-

cia, necesidades mayoritarias, excelencia académica y rigor en el trabajo cotidiano estén unidos. La mayor herencia del 68 para la Universidad mexicana fue el ejercicio de la crítica y el cuestionamiento de un devenir social que era preámbulo de la crisis actual. Eso se hizo no sólo desde las libertades que son inherentes a la pasión juvenil, sino también con el uso imaginativo y creador de la inteligencia, de la búsqueda del conocimiento para dispersarlo en la sociedad.

El que la Universidad pueda coadyuvar a la generación de una capacidad científico-tecnológica propia, como la consolidación de una cultura nacional más rica, para con ello promover un desarrollo autodeterminado del país, obliga a que la transmisión de estos principios se articule a una práctica científica que incida en la generación de beneficios colectivos para el pueblo mexicano. Ahí es donde reside el carácter democrático. El gran desafío de la transformación universitaria debe vincularse a la práctica científica y cultural para lograr una capacidad propia en la producción de conocimientos y di-

fundirla a toda la población como un medio de producción y apropiación de la riqueza, así como de una crítica constante frente al uso de la ciencia y la cultura.

En síntesis, y como otro elemento más de este desafío, debemos recordar a Alfonso Reyes, cuyas palabras adquieren una vigencia relevante en los momentos actuales por los que transita la Universidad: "Quiero el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas"... "No entre aquí quien no sepa geometría: decía Platón de la Academia".⁴

Y estos dos son ejemplos, geometría y latín, las matemáticas y las raíces de nuestra lengua, las ciencias básicas y los conocimientos humanísticos, la transformación de la naturaleza y las especulaciones filosóficas, seguirán siendo, junto a la vinculación a la problemática nacional, las tareas que nadie debe olvidar en todas nuestras aulas, en la vida cotidiana de nuestra Universidad.◊

3. Paul Ricoeur. "Perspectivas de la Universidad contemporánea para 1980". *Deslinde, cuadernos de cultura universitaria*. México, UNAM, Núm. 7, 1972, p. 7.

4. Alfonso Reyes. *Universidad, política y pueblo*. México, UNAM/IPN, Textos de Humanidades, Colección Educadores Mexicanos, 1985, p. 43.

